

A los dos años de guerra DE INDEPENDENCIA

Por DOLORES IBÁRRURI

ESPAÑA VENDIDA E INVADIDA MAPA Y CIFRA DE LA EXPOLIACION EXTRANJERA

Bien lejos estaban de pensar los iniciadores de la ubiervación contra el Gobierno legítimamente constituido y contra la República, que la lucha que ellos comenzaban, sirviendo de instrumento para la realización de los planes del fascismo alemán e italiano, iba a ser de tanta duración.

Dos años de guerra, de resistencia heroica, habían al mundo con el lenguaje del sacrificio, de la voluntad quebrantable del pueblo español de no aceptar, cueste lo que cueste, que España deje de ser una nación democrática y libre, para transformarse en un inmenso campo de concentración o en una colonia italiana.



Pretendieron que el 18 de julio de 1936 marcara en la Historia de España un hito como señal de una nueva etapa en la historia de la nación española.

Lo han conseguido, sólo que a la inversa de cómo esperaban; el sentimiento patriótico que malos gobernantes habían hecho casi diluirse en el alma de nuestro pueblo ha rotado de manera espléndida, maravillosa, y hoy más que nunca, el amor a la patria, el orgullo de sentirse españoles, es más vivo que jamás lo fuera, lo mismo en la España que lucha en defensa de la República y de la democracia, que en la España que soporta dolorida y avergonzada, la presencia, el robo y el pillaje de los ejércitos invasores alemán e italiano.

Pensaron matar la libertad, aniquilar la democracia; y la defensa de la democracia y de la libertad, es el afán cotidiano de nuestros soldados, de nuestros obreros, de nuestras mujeres, de todo nuestro pueblo.

Y al fragor de los combates, los comunistas, los socialistas, los anarquistas, los republicanos, todos los antifascistas llevan, no la bandera de su propio ideal, —al que no han renunciado sin embargo— sino la bandera de la República, que es la bandera de España, que es la bandera de la independencia nacional, de la libertad y de la democracia.

Y ni los mercenarios del Tercio, ni los bárbaros marroquíes, ni los ejércitos fascistas que Italia y Alemania han enviado a España, ni su poderosa aviación, ni la cantidad de artillería y armas mecánicas que los países totalitarios empujan contra nosotros, han conseguido abatir el ánimo de nuestro pueblo, ni quebrantar su decisión de continuar la guerra hasta el fin victorioso para la República.

Y esto que, para cada uno de los que queremos a España libre y grande, es un motivo de satisfacción y de orgullo, porque nos sabemos parte de un pueblo capaz de tantos sacrificios y de tanto heroísmo, no nos hace, sin embargo, ser los optimistas infantiles que piensan que solamente por tener razón, por ser justa nuestra causa, y porque es muy heroico nuestro pueblo, podamos ganar la guerra.

La guerra se hace en diversos frentes, y no es menos peligroso el frente de la intriga, de la maniobra, que el frente de batalla donde los hombres se encaran a diario con la muerte.

A medida que el enemigo comprende que la resistencia de nuestro pueblo no puede ser quebrantada por la fuerza, recurre a otros procedimientos que pueden a veces dar resultados, cuando la vigilancia de las masas populares no es lo profunda que debiera ser.

Y al volver la vista al camino recorrido y pararnos un poco en un pasado no muy lejano, vemos

con fuerza a nuestro pensamiento las palabras de advertencia, de un ardiente llamamiento a la unidad de todo el pueblo ante la invasión japonesa, de nuestro hermano, el Partido Comunista chino: «La dificultad más grande de los momentos actuales —dice a su pueblo el Partido Comunista chino— no es tanto la escasez de material bélico, ni que los japoneses hayan avanzado en el interior del país, sino en el hecho de que los usurpadores japoneses, además de la invasión armada, tratan de conquistar la China por las fuerzas de los mismos chinos y en que los traidores, los espías, los bandidos trotskistas aumentan de todas maneras sus provocaciones, con objeto de minar la unidad de nuestras fuerzas nacionales, sobre todo si se tiene en cuenta que la cohesión de nuestras fuerzas no ha alcanzado todavía el nivel necesario.»

Esta táctica de los países conquistadores, consistente en buscar puntos de apoyo en el interior del país que quieren someter, es una vieja y conocida táctica, que fracasa solamente a la medida que el pueblo está vigilante y no se deje sorprender por argucias o sentimentalismos hábilmente empleados por los agentes del enemigo que, fingiéndose amigos, realizan una labor derrotista y traidora. Y hoy, al cabo de dos años de guerra, de torturas infinitas, de sufrimientos y de privaciones, cuando el cansancio abruma a los fatigos de fe, a los que desprecian el esfuerzo sobrehumano del pueblo que lo ha levantado todo, cuando todo se había derrumbado, la provocación y el derrotismo puede encontrar campo propicio para desarrollarse, y hay que evitarlo con la vigilancia atenta de todos los antifascistas.

Con la certera ilusión de la victoria fuimos a la lucha el 18 de julio; con esta fe inquebrantable nos hemos mantenido cuando los sucesos nos eran adversos y cuando se hundían en el desaliento muchos que parecían fortalezas.

Al iniciarse el tercer año de guerra, recogemos la consigna del jefe del Gobierno, que es todo un programa, y con la misma confianza de los primeros tiempos, doctores interpretando y expresando la voluntad de nuestro pueblo: ¡Resistiremos y venceremos!!!

Cuando aparecieron los primeros uniformes, los primeros puñales y las primeras camisas negras en la calle de las Siervas, a los señores se les iban, de gusto, las manos hacia el aplauso. El gozo les reventaba por los ojos de la traición.

—¡Miralos. Los tenemos ya con nosotros.

—Ahora verán los «rojos» lo que es bueno.

—Estos, éstos son los que van a salvar a España.

En los barrios obreros las casas —las pocas casas— que aún no tenían por habitantes un recuerdo espantoso y una maldición, caujaban entre impresiones su opinión clarividente.

—Ya no son los amos los señores.

—Tendremos que echar antes a los extranjeros.

Como siempre, era el pueblo el que sentía la patria antes que el bolsillo. Aguardaba políticamente los sentidos, sin saberlo, y vola en el horizonte una inmensa estrella apunhalada, sangrante, sobre la que caían cuervos de turbio vuelo.

Traición y venta de España

En la Plaza Mayor de Salamanca, en el Espolón de Burgos, a la misma hora, las mismas escenas y, consistentemente, las mismas reacciones diferenciadas. Y en Málaga más tarde. En Málaga la invasión ya no se puso anfitrión. Los Italianos entraron en la ciudad en formación militar. Como dueños y señores. Precedidos de sus tanques. Seguidos de sus baterías.

El día anterior buques de guerra alemanes habían cooperado a la operación cerca del puerto. Y aviones con marca italiana y germana bombardearon las filas interminables de evacuados en la carretera de Málaga a Almería.

Lo mismo que en Málaga entraron en Asturias y Santander. Lo mismo, no. Con un cinismo redoblado, con una insolencia que arrancaba lágrimas de coraje a los pocos españoles decentes que quedaron.

Lo primero que hicieron al entrar fue clavar su bandera en la torre más alta. En los lugares más visibles. La bandera italiana.

Pero lo que nosaban los españoles honrados es que en el año 1934 unos miserables disfrazados de patriotas y unos militares con la espalda temblorosa de Annual fueron a subastar a España a una sala del Palacio Venecia.

Penetración y colonias

Ahora España está en manos de los que la compraron. La España de Franco, el cabecilla feón, que ya no puede defenderla aunque quisiera.

La penetración comenzó en forma militar, como una ayuda a la insurrección contra la República. Pero eso era sólo el ardor para ulteriores objetivos. Como la agresión a España es el primer paso, el estirbo para atacar a Francia e Inglaterra. Hoy la penetración llega a todas las actividades, a todas las zonas de producción. Italia y Alemania están instaladas militarmente en España —en la Península, en Baleares, en Marruecos, en Canarias—, pero además están en lo

que concierne a la industria, a la agricultura, al comercio.

Puede decirse que la organización de la vida en la zona invadida corresponde exactamente al carácter típico de una colonia. Más aún. La España dominada por el fascismo es a estas horas el país europeo donde más acentuadas se dan las formas del colonialismo.

Los salarios, el campo, las industrias

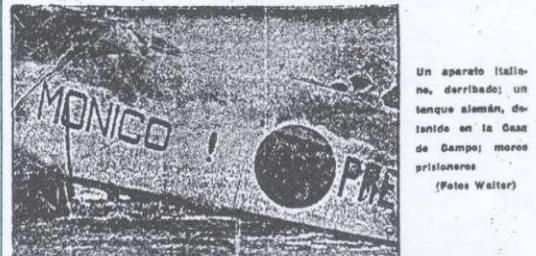
Los salarios han descendido hasta un límite extremo. No son ya jornales o haberes devengados por un determinado trabajo; son la soldada miserable que arroja el amo al esclavo. Como consecuencia, el hambre atena a las clases obrera y media, y a no ser por los castigos y los fusilamientos que se prodigan de continuo, las protestas subirían por sobre los fragores de la guerra. A veces así sucede. Hay un ejemplo reciente: la

huelga de campesinos de Córdoba, cazados a tiros por la guardia civil y enviados a primera línea de fuego por el delito de pedir pan.

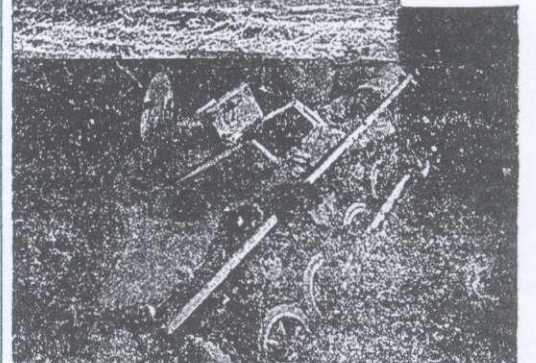
El campo está usurpado, detenido en muchas regiones por los extranjeros. En Andalucía son muchos los pequeños propietarios y colonos que han sido desposeídos de sus tierras y entregadas éstas a campesinos llegados de Italia. Los que todavía pueden explotar sus propiedades están esquilimados por los impuestos, cada día crecientes, y las exigencias económicas de la guerra.

Los intereses extranjeros radicados con anterioridad al 18 de julio en terreno fascioso sufren la intervención de los dirigentes y cabecillas, instigados por la codicia de sus valedores germanoitalianos. Esto lo saben bien, entre otros, los capitalistas británicos, cuyas acciones en Rintino apenas- las producen otra cosa que preocupaciones políticas.

(Pasa a la página 10)



Un aparato italiano, derribado; un tanque alemán, derribado en la Casa de Campo; moros prisioneros (Foto Walter)



3. República popular, representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto ciudadano emitido por sufragio universal y que sea el símbolo de un Poder ejecutivo firme, dependiente en todo tiempo de las directrices y designios que emanen del pueblo español.

